

GREMIALES

POLITICA

LOS SINDICATOS Y EL PODER

Después de un proceso muy complicado, el movimiento sindical parece haber dejado de ser uno —por lo menos en su relativa obediencia a una sola confederación general— y se ha dividido. El hecho se transformó, por gravitación propia, en la cuestión **política** más importante del mes. Porque las decisiones que se adopten para encararla afectarán sin duda al proceso mismo de la revolución.

Los documentos producidos por los dos sectores en que aparece dividida la central sindical —de tal modo que ambos se atribuyen su cabal representación— apenas sugieren las diferencias ideológicas o personales que podrían explicar el cisma. El grupo de sindicatos que responden, mal o bien, a la Secretaría General del señor Ongaro —y que salvo desplazamientos futuros reúnen casi ochocientosmil afiliados— adoptó una decisión crítica y deliberada respecto de los dirigen-

tes a quienes juzga severamente en una "solicitada" publicada el 5 de abril; llevó adelante reuniones y congresos nacionales ordinarios y extraordinarios, y se atribuyó la representación formal del movimiento obrero por haber satisfecho tanto los requisitos legales en dichas convocatorias y asambleas, como las aspiraciones de las bases, a las que dice representar más adecuadamente que los otros. El documento apenas permite distinguir las diferencias ideológicas y estratégicas que existen en el sector así llamado "opositor", compuesto por dirigentes comunistas, socialistas, peronistas ortodoxos, y simpatizantes del radicalismo popular. Porque lo que anuncia como resoluciones del congreso de la C.G.T., incluye tanto algunas medidas políticas generales en torno al problema de los desalojos, los planes de tierra y vivienda, la educación, la salud y la previsión social, como ins-

trumentos de política económica dirigidos al pleno empleo y la defensa del capital nacional. Y por fin, el retorno a la normalidad constitucional, con alusión crítica al origen del régimen político actual y a sus procedimientos.

La declaración de la C.G.T. de la calle Azopardo —el domicilio sugiere aquí continuidad— parte de una perspectiva diferente. Es un documento destinado a explicar la actitud de los dirigentes en los últimos años, y especialmente su comportamiento tanto respecto del gobierno radical —que nada hicieron por defender— como del gobierno revolucionario— al que adhirieron o aceptaron inicialmente, para pasar luego a una actitud de expectativa. Para este sector, se trata de asumir con realismo la situación y de reconocer que "el vértice del entendimiento" se encuentra hoy en el gobierno. Sea por la posición programática

de un Vandor, por la prudencia experimentada de un Alonso, o por la disposición al diálogo de un Taccone —que pertenece además a un gremio cuya suerte se vincula siempre con la del Estado— dicho sector sindical ha sido identificado como la amalgama del realismo, del dialoguismo y del participacionismo. No se hace cuestión del origen del régimen actual, y se interesa más bien por sus acciones concretas. En la medida que tenga comunicación mantendrá abierta la posibilidad de la adhesión o de la crítica condicionada.

Lo primero que cabe observar es que los sectores se califican de acuerdo con su posición respecto del poder público. Son "opositores", o "dialoguistas"; "realistas" o "participacionistas", no tanto por sus programas concretos de acción o de gestión, como por sus actitudes presentes y sus comportamiento futuros en relación con los que mandan. Esto subraya una característica importante de nuestro sindicalismo: es tributario de la política, no vive sino vinculado a la situación y a los movimientos que el Estado produce.

La comprobación interesa, porque denuncia por sí misma la gravitación de las decisiones que se adopten a nivel del gobierno nacional para influir en el curso de la crisis sindical. E importa también porque demuestra en qué medida las soluciones que se intenten respecto del movimiento sindical deberán adoptarse dentro del cuadro de una perspectiva general del sistema político argentino y no fuera de él.

Desde el punto de vista de los dirigentes sindicales la cuestión está planteada en esos términos. Ellos no se equivocan cuando juzgan que se trata de una cuestión política, en el sentido de que interesa a su ubicación y posibilidades en el ordenamiento general. Cuando los "opositores" reclaman el retorno a la normalidad institucional, si bien se mantienen en generalidades que demuestran la heterogeneidad ideológica interna, exponen una

sensación que no es casual: como van las cosas, en este régimen no les está reservado un lugar para el diálogo ni un reconocimiento de cierta esfera de poder que consideran propia. La apreciación es condicionada sin duda por el análisis de la realidad que sus dirigentes han hecho, pero también por la posición personal de dichos dirigentes, para quienes la cuestión no se decidirá totalmente ahora sino en el futuro, y para ese futuro guardan los perfiles mejores de su imagen. Por eso el señor Ongaro puede permitirse una retórica casi heroica, o en todo caso romántica: "preferimos la honra sin sindicatos y no sindicatos sin honra". (Confr. revista "Análisis", abril 8 de 1968).

Cuando los dirigentes de la C.G.T. de la calle Azopardo justifican comportamientos aparentemente contradictorios, proyectan su pragmatismo en una imagen de defensa de los intereses gremiales y explican por qué se disponen al diálogo o a permanecer del otro lado del puente pero sin cortarlo (como en el caso de Vandor y Alonso); plantean condiciones políticas especiales que significan el reclamo de un lugar bajo el sol, y correcciones en la política oficial que puedan exhibir como la reconquista de la atención del poder público frente a sus bases. Ambos reconocen, pues, que el eje de la situación pasa por el Estado y por quienes lo conducen. La oposición, el diálogo o el realismo se explican desde dicho eje. Es obvio que el gobierno no lo ignora, y que su táctica inmediata se dirige a la explotación política de la situación, volcando sus preferencias hacia los que se manifiestan como sus prójimos —próximos— y no sus hostiles.

Pero eso traslada el problema al cuadro mayor de la realidad total. Precisamente porque la cuestión sindical es una cuestión política no se resolverá mediante remedios parciales.

Todos —la derecha y la izquierda, los políticos y los militares, los que adhieren o rechazan el

actual proceso, etc.— entienden que el problema sindical puede ser visto, por lo menos, de dos maneras: inmediatamente, como un lugar de negociación que rescate al gobierno de su soledad; Pero de manera mediata, como un tema entre los varios que integran el cuadro de las soluciones políticas y de las fórmulas institucionales que servirán o encuadrarán a los argentinos, según sea la filosofía pública que en definitiva se imponga. Esto no se resuelve, como en el fútbol, con un buen "dribbling". Tarde o temprano surgirán defensas que procurarán detener a los jugadores, y de ellos depende que puedan llegar con apoyo suficiente a su objetivo. Si avanzan solos, es casi seguro que al cabo serán despojados de la pelota. Si la mayoría de los argentinos —que no son sólo los trabajadores sindicados— apoya el avance, los obstáculos serán superables. Pero todo eso descansa en ciertos presupuestos elementales, aunque sean de difícil formulación. Por ejemplo, para que un equipo funcione como tal tiene que saber por lo pronto qué lo vincula y cuáles serán las reglas del juego. Un sistema político no será, en los tiempos por venir, el remedio de un juego simple con sólo dos protagonistas. Y el esquema que brinda la relación entre los sindicatos y el poder, tiende, naturalmente y aún por la vocación autoritaria de las mentalidades intervinientes, a la simplificación. Será más bien la imagen de un juego con muchos protagonistas que se necesitan entre sí, tanto para competir como para el logro de objetivos parciales, pero que sólo podrán seguir jugando en la medida que todos respeten las normas y ninguno aspire a cambiar en medio del juego, el campo donde actúan. Y por último dependerá de que para el objetivo del conjunto, quien lleva la pelota tenga la oportunidad de pasarla al mejor colocado. Lo que en términos políticos significa resolver aceptablemente el problema de la transferencia del poder.

Carlos Temple